ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XI; N. S. Buenos Aires, 1977

POSIBLES RAÍCES PATAGÓNICAS EN CREENCIAS ARAUCANAS

I. LAS PIEDRAS SAGRADAS "CON OJOS"

Rodolfo M. Casamiquela

A 60 km al suroeste de Zapala puede apreciarse en cualquier mapa la presencia rotunda del cerro Chachil, que alcanza a 2839 m de altura. Aunque no lo conozco personalmente, pienso que ha de estar conformado por rocas del denominado "Grupo Choiyoi", de edad permo-triásica; más precisamente, de la Formación Milla Michicó (*cf.* Digregorio, 1970).

San Martín (1930, 89) —sin ser geólogo— ha definido probablemente bien a la roca que constituye la cumbre: "...cuya cumbre runcinada está formada por un conglomerado volcánico guijarroso". De allí se desprendería su nombre, según el mismo autor: "Chachil, guijarro". El diccionario de Augusta no consigna la voz; el de Erize, que la trae, seguramente la ha tomado del propio San Martín. La toponimia de Groeber (1926), desgraciadamente, no menciona el topónimo.

Pero él aparece, en cambio, en el Diccionario Geográfico de las Gobernaciones Nacionales (1942, 130), compilado —según se sabe— por don Tomás Harrington, lo que acredita su seriedad: "...Se cree que el nombre es onomatopeya del sonido que producen los cantos rodados al chocar entre sí; sin embargo, el señor Juan Benigar lo escribe «Chiyachüll» y dice: «lo estimo nombre puelche no araucano»".

El dato es precioso por tratarse del mejor conocedor culto de la lengua araucana —y de manera práctica, precisamente en el corazón del Neuquén— que haya habido en la Argentina (*cf.* Lascaray, 1963, 115 *et seq.*). En su nomenclatura "puelche" equivale a indígena de origen local, por ende tehuelche septentrional de mi propia clasificación. Y hay que confesar que su fisonomía confirma la idea.

En efecto; *chya*, o mejor *chiië*, es "piedra" y "peñasco" en esa lengua; *chüll* merece un punto aparte.

Lo más parecido es *ts'ëlël* "remolino de viento", voz de la que se

extrae un radical *ts'ël (= ts'ül = chül)* que he interpretado en otros trabajos (*in litt.* I) como "girar", "dar vueltas", y acepciones emparentadas. El todo significaría "piedra que gira, da vueltas" ...o también "piedra de dar vueltas"..., lo que cambia el sentido hasta prácticamente invertirlo (*cf.* Casamiquela, *in litt.* II).

La traducción –hasta aquí meramente especulativa– recuerda en el acto al significado de por lo menos otro topónimo neuquino, cordillerano para el caso: Inihualhue, consignado por Cox en 1863 (p. 123). Lo he interpretado en otra parte (1972-1973) como *wënëwallwe*: "*donde dan vueltas en torno* de..." Y hay (en Chile) otros topónimos similares, como veremos *infra*.

El aludido, aparentemente no tiene nada que ver con el paraje Chachil que hasta aquí me ocupa. Está ubicado sobre una de las rutas transcordilleranas más conocidas, aquella que cruzaba la sierra de Lipela, o Ilpela (del lado chileno), y desembocaba en el extremo oeste del lago Lacar. Precisamente un poco al este del límite, en las vecindades del paraje Hua Hum...

Los puntos suspensivos van porque casualmente en ese sitio ubica Harrigton (Diccionario, *ibid*) a un homónimo del topónimo en estudio: "Paraje al sur del lago Lacar y a 2 km de Hua Hum, de escasa población".

La coincidencia es de grado tal que se hace imposible dudar en cuanto a la identificación de ambos parajes, y por ende de ambos nombres, araucano el uno y tehuelche el otro. Son sinónimos y han sobrevivido paralelamente, como sucede en varios otros casos del ámbito patagónico.

Queda, pues, establecido, con mucha firmeza, que en el punto *Chachil* adyacente al Lacar se practicaba un rito "giratorio" en torno a una roca –que es la destinataria del nombre. Rito equivalente, por tanto, ha de haberse celebrado en el cerro Chachil ubicado al oeste de Zapala, pero desgraciadamente no hay más informaciones al respecto.

...Pero en cambio sabemos que está constituido por un CONGLOMERADO, y esta característica litológica y textural lo aproxima a por lo menos dos rocas sagradas más, neuquina la una y cordillerana-chilena la otra.

Para la presentación acabada de aquélla, y de los ritos "giratorios" celebrados allí, remito al lector a mi trabajo de 1972-73. Moreno ha consignado que se trata de un conglomerado y que los indios consideraban como "ojos de la piedra" a los moldes dejados por los "cascajos" (clastos redondeados como guijarros) caídos de la matriz, huecos en los que derramaban la bebida ritual. Se trata del actual lugar de Ali Curá, deformado de *Ialalei kurá*, "piedra que suena", en el sur del Neuquén.

Para la otra roca remito igualmente al trabajo citado, pero he de agregar otros datos. Aludo a Retricurahue, entre Lonquimay y Malalcahuellu, otra vez un peñasco de conglomerado en que la ausencia de algunos clastos ha configurado huecos redondeados, tomados por los indígenas como labrados *ex profeso*.

He tenido ocasión de visitar la roca, a la que Cañas Pinochet (1902, 23) ha descripto como "una piedra con muchas excavaciones, en forma tubular algunas y otras de irregular facción. Dios está escondido dentro y lo llaman Padre Retricura". Habla de ofrendas –seguramente propiciatorias–, de dinero, cigarros, pan, carne, una rama...

El mismo autor (*id.*, 24) cita otra roca cordillerana, que entiendo hay que clasificar en la misma familia, desde que posee idénticos huecos: Cañas Pinochet la sindica como "granito" –ha de ser porfirita, es decir un

conglomerado de matriz porfirítica– y piensa que aquéllos fueron labrados por el hombre: "De Mulchen por el camino al boquete de Callaqui, Río Agrio, Laguna Agria en la que el río desagua. Hacia el norte de esta laguna y sobre una meseta que el río atraviesa se halla la piedra Curalhue (Piedra de ánimas o del Diablo) que tiene, como la de Malalcahuellu, muchas excavaciones tubulares hechas por mano del hombre. Su contextura física es de granito.

"El plano sobre el cual reposa es horizontal y la piedra se eleva sobre este nivel un metro, teniendo no menos de dos de diámetro.

"Los indios dicen que esta piedra tiene su *calcu*, que es, según ellos, un espíritu invisible, capaz de hacer bien y mal, que nosotros hemos tra ducido impropiamente por brujo.

"Cuántos viajan por el boquete, indios, arrieros chilenos o argentinos y demás gente sencilla, pagan tributo a esta piedra, de adoración primero, en especies en seguida.

"Consiste el primero, rendido por sólo los indios, en dar vueltas alrededor de la piedra, en uno y otro sentido, pronunciando palabras suplicatorias o peticiones para que la piedra les procure un viaje feliz.

"Viene en seguida lo que los indios llaman el *marimari* o el depósito en los oyos de ofrendas, que consisten en carne, pan, harina, dinero, cigarros, etcétera..."

Las observaciones son que en realidad el río Agrio nace de la laguna; si el sitio está al norte de ella, quizá quepa traer a la cuestión el topónimo Trolón, aplicado a una sierra cercana (en los mapas), desde que esa voz significa "golpear": Augusta (1966, 248) ejemplifica su uso con la oportuna frase "¿de qué será el golpe que se oyó?". Y digo tal porque el tema recuerda al de *ialalei kurá* "piedra que suena". Según mi informante Juan Rondeau (*vide* Casamiquela, 1972-73, 495) había una roca –creo que ésa, aunque no se descarta que sea la de Retricurahue– que "avisaba si venía gente... se sentía el ruido".

En cuanto al nombre Curalhue, el autor lo traduce por "piedra de ánimas o del Diablo" porque interpreta *kurá-alwé*, en que *alwé* es "ánima"; sin embargo, en araucano correcto los términos debieron estar invertidos (aunque acepto que existen otras inversiones en la toponimia cordillerana, como *malal kawellu*, *ruká choroi*), y ello sin detenerse en el hecho de que *alwé* es "ánima" en el sentido de "espíritu del muerto", lo que no parece compatible con la idea que alimenta la traducción de Cañas Pinochet. La alternativa sería *kural-we*, "donde hay *kural* o en que se hace *kural*", y aunque no tengo un significado preciso para esta voz, opino que es un mero derivado de "piedra". Reaparece en *kuralñeweñ*, "las piedras que sirven de plomada en la red *(ñeweñ)*", *fide* Augusta *(op. cit.*, 106).

Para terminar este comentario, señalo que es curiosa –creo que única– la aplicación y significado que el autor consigna para *marimarí*, hoy meramente empleado como saludo universal.

Entrando al fondo del asunto, es posible abordar su interpretación con dos o tres enfoques diferentes. Uno sería la comparación con otras rocas "sagradas"; otro, el análisis de los ritos –presuntamente propiciatorios– que llevaban a cabo los indígenas.

Voy a proponer aquí el segundo camino, y ello para evitar a confusión inicial que traería aparejada una clasificación puramente morfológica. Pues,

como es sabido, ecuménicamente las piedras no son hierofanías por sí mismas sino por ser receptáculo de un principio diferente, de naturaleza espiritual, diré. Eliade lo expresa (1975, 188): "No sabríamos decir si los hombres han adorado jamás las piedras en tanto que piedras. Las devoción del primitivo se dirge en todo caso a algo más, que la piedra incorpora y expresa... Ellos han adorado las piedras o han hecho uso de ellas como instrumentos de acción espiritual, como centros de energía destinados a su propia defensa o a aquella de sus muertos. Y esto conviene decirlo desde ahora, porque la mayoría de las piedras que tenían incidencias culturales eran utilizadas como *instrumentos:* servían para obtener algo, para asegurar su posesión. Llenaban una función mágica más bien que una función religiosa. Provistas de ciertas virtudes sagradas debidas a su origen o a su forma, no eran *adoradas* sino *utilizadas*".

Por el camino elegido, las claves momentáneas son tres: 1) la reverencia aparente a la hierofanía simbolizada por la roca (contenida en ella), traducida en ofrendas; (2) y (3) la forma que adopta el rito —que puede dar indicios preciosos acerca de la hierofanía misma—: el giro o ronda (procesión circular en pluralidad de individuos) en torno de la roca, y la singular característica de la utilización de un solo pie —por lo menos en un caso bien documentado. Es más que suficiente.

La actitud reverencial por sí misma es poco elocuente: en el ámbito patagónico podría tratarse, con ese sólo dato, tanto de una manifestación "maligna" (como la que significa el *gualicho*) como ambigua o ambivalente (un espíritu celestial, "dueño del lugar", o un oráculo).

El giro o ronda no da tampoco una información concluyente: los araucanos lo llaman *awun* y está destinado a *sacrilizar* un determinado lugar, o dicho de otro modo, a delimitar un espacio sagrado en torno de algo. Por extensión se utilizó en el alejamiento de los malos espíritus, rito común en las agrupaciones tehuelches con motivo de la enfermedad, recepciones, etcétera.

A pesar de esto último, creo que los tehuelches lo adoptaron de los "araucanos", entre los cuales es "la danza y vueltas a caballo que se ejecutan alrededor del *rewe* en las rogativas o del muerto en los entierros "(Augusta, 1966, 13). Erize (1960) completa: "...constituía la más alta distinción con que los indígenas honraban a personas o cosas: tenía un lugar en el *nguillatun*, en los entierros y en las solemnes recepciones".

Pero el giro sobre un sólo pie, como ha consignado expresamente Cox, desde luego implica un mensaje especial, que ha de ser posible desentrañar. Y en tal sentido, me permito insistir en la interpretación ya dada en 1972-73: "Para entender el asunto a fondo, remito a ustedes al análisis realizado en mi trabajo de 1965, pero en esencia se trataría de actualizar el siguiente esquema lógico: entre los araucanos está vigente todavía el mito de *epunamún ('dos pies')*, aparentemente un alto dios descendido y después revestido de caracteres de malignidad (lo que explica su conexión con los shamanes — brujos). Moesbach, para los timpos acutales (1944 - 143) consigna que el '*epunamún* o representante del otro mundo en la ceremonia de los *nguillatunes*, que anda en brincos con los pies a la vez'. Estos seres están personificados por 'los convidados que vienen de otra tierra a ayudar a las rogativas' (Augusta, 1934, 23), pero el pasaje en araucano del que deduce esto el misionero parece aludir directamente a los seres míticos:

'Aquellos que tienen chicha dejan *marewepull* en pequeñas fuentes, las cuales después se ponen en fila para los *epuñamuñ* a fin de que beban'. No voy a entrar en profundidad en el concepto de *marewepull*, pero baste saber aquí que por lo menos en una versión (Augusta, 1934, 116), se refiere a 'la doble fila de los cántaros con chicha que se ponen en las rogativas, con cuyo contenido se hacen aspersiones hacia la salida del sol acompañadas de invocaciones dirigidas al *Ng'nechen* o tal vez a los espíritus'. El consignado es el nombre actual del alto dios celeste de los araucanos.

"Y todo lo anterior viene a cuento porque la figura de este *epunamún* o 'dos pies', está en evidente oposición con la del *ketronamún*, o 'pie trunco', es decir 'un pie'. Se trata de un ente mítico que en la actualidad se representa por 'un enano de forma humana, con una sola pierna o pie y que camina por una serie de saltitos (Latcham, 1924, 812). Prescindiendo de su identificación con el antiguo *ivunche* de los araucanos, niño monstruoso de una sola pierna de los hechiceros malignos, cabe apuntar para el caso dos cosas fundamentales: la primera, su presencia en el ámbito de nuestro interés, que ejemplifico con una cita de Guevara (1929, 18): '*Quetronamún* (piernas recortadas) es un mito que se menciona en algunas tribus del este. Por el lado del volcán Llaima se le nombra a veces en las narraciones de monstruos que se aparecen a la gente'. La segunda, o segundo aspecto de interés, es su identificación actual, en otras partes de la Araucanía, con el pato 'quetro', que se asemeja a un pingüino y que tiene el hábito de permanecer normalmente en tierra parado sobre una sola pata. De aquí a los cántaros en forma de pato hay un paso pequeño, y otro no mucho mayor al hecho de que éstos sean precisamente los destinados a almacenar la chicha sagrada, y en especial el cántaro profético, es decir aquel que sirve (desenterrado del año anterior en el espacio sagrado del *nguillatún)* para los ritos adivinatorios. Cedo la palabra a Latcham *(op. cit.*, 517): "El cántaro que se empleaba para este rito tenía generalmente la forma de un pato-*quethro* y se llamaba *quethromalhue (malhué* cántaro)". Hoy día se lo conoce por *kútrumetawe*, y su forma es familiar a los arqueólogos chilenos.

"Uniendo los eslabones dispersos se forma una cadena lógica que me lleva preguntarme si el lugar ritual de Inihualhue, donde los viajeros giraban saltando en un solo pie, no estaría igualmente vinculado con prácticas de tipo mántico o adivinatorio. Por fortuna hay respuesta al interrogante lógico, y ésta resulta más que afirmativa. La obtengo del relato de viaje del indígena Domingo Quintuprai *(in* Lenz, 1895-97, 12), realizado a la Argentina en 1871, para vender aguardiente. Antes de arribar al lago Lacar pasan por el sitio aludido por Cox, pero el indígena lo nomina directamente *Pewinkantuwe (=pewënkantuwe) 'oráculo! (fide Augusta, op. cit.*, 182). Además usa la expresión *Nüwaltún*, es decir un verbo en infinitivo, que está en la base del *Inihualhue* de Cox. Pienso, insisto, que se trata de una variante de *wënën, plus walltun* 'rodear', es decir algo así como 'girar rodeando'.

"Lo cierto es que estamos en presencia de un verdadero oráculo así dicho y con todas las letras por un informante insospechable. Sin duda que su respuesta aludía a los resultados y la felicidad del viaje emprendido".

El análisis transcripto continuaba, acto seguido, por la vertiente mítica,

al mencionar los *piwichén* ° y elementos emparentados. No he de retomarla aquí; reservo el desarrollo del tema para un trabajo futuro. En el presente he de decir, en cambio, dos palabras sobre la otra vertiente, la arqueológica.

Ella quedaba implícitamente involucrada al mencionar *supra* el interés sagrado (adivinatorio) del "jarro pato" araucano. El interrogante —arqueológico— al respecto presenta, según creo, dos alternativas principales: la una, la posibilidad de que haya procedido morfológicamente de modelos (¿de madera?) del ámbito andino (Pehuenche). La otra, la de un "apoderamiento" del objeto debido precisamente a sus características morfológicas, en tal caso coincidentes *grosso modo* con las del mito.

El lector se preguntará quizá por qué parto de la base de que el área de procedencia haya de ser andina y no —más simplemente— la araucana propiamente dicha. Es que la respuesta está dada de antemano por la indudable procedencia "pehuenche" del mito. Aparte de alguna referencia al volcán Llaima, que he consignado, no ha de olvidarse que la ceremonia "giratoria" tratada igualmente *supra* no sólo es cordillerana sino que está nominada en lengua tehuelche! Dada la presión cultural araucana, muy fuerte y temprana en el área, concebir un avance de la lengua teheulche en ella es prácticamente imposibe °°. Es decir que, bien la ceremonia pertenecía a este pueblo, bien pertenecía a otro local (pehuenches primitivos) del que había sido tomado por los tehuelche-parlantes. Desarrollo algo más esta idea *infra*.

En fin, dentro de las perspectivas arqueológicas debo mencionar todavía una importantísima, la que quedó en realidad anunciada o anticipada a través de la observación de Cañas Pinochet en cuanto a la constitución granítica de una de las rocas cordilleranas sagradas y, de este modo, el origen antrópico de las cavidades que presenta. El lector ya advierte que si tal es el caso, estamos directamente en presencia de una roca "con tacitas" —las que parecían excluidas del territorio neuquino y andino adyacente, a pesar de su frecuencia en Chile central.

Sea correcta la observación del autor chileno o no lo fuere, queda correlacionadamente abierta la tentadora posibilidad —que sólo implica un paso lógico más— de que las piedras "con tacitas" propiamente dichas hayan tenido origen morfológico en otras naturales, en las que los huecos estaban configurados por la mera ausencia natural de los clastos (redondeados). Y ella podría implicar un origen cordillerano (pehuenche) para dicha creencia, por lo menos en lo que al área chilena adyacente se refiere.

Sabido es que las piedras con tacitas están asociadas a otros elementos característicos de dicha área, como las piedras horadadas, igualmente comunes al territorio neuquino de influencia andina (pehuenche) (Cf. Schobinger, 1957, 93). Y es por eso obviamente que acabo de hablar de la posibilidad de que las ceremonias giratorias (y el mito conectado del *ketronamún*)

° Son ciertos auxiliares míticos (corporizados en las ceremonias) del hechicero. Aprovecho para rectificar el error deslizado en mi trabajo citado (p. 497) en cuanto a que se diera igualmente ese nombre a la estrella fugaz. Ésta se llama *uiuche* en araucano, en realidad; el propio informante citado, Juan Rondeau, lo rectificó posteriormente.

°° La única excepción aparente a esta regla es el caso del topónimo araucano Limay, ya que los tehuelches septentrionales de esa área se llamaban a sí mismos *Limay a këmna* "gentes del Limay", pero es que en realidad allí hubo coexistencia, pero no *avance* tehuelche.

sean de origen local, es decir "pehuelche primitivo" y no tehuelche, a pesar de la extracción tehuelche del topónimo Chachil. Es que los tehuelches tuvieron tiempo de avanzarse sobre la cordillera y seguramente aculturar parcialmente a los pueblos locales, antes de que la presión araucana se hiciera suficientemente fuerte como para hacerlos batirse en retirada. Desde entonces, la historia es la de un retroceso racio-cultural continuo de los tehuelches, una retracción hacia el oriente y, sobre todo, hacia el sur.

Dos renglones, para terminar, con una transcripción de ideas de Montané con respecto a las piedras con tacitas en Chile central, sugeridas por los elementos culturales presentes en el nivel superior de Tagua Tagua y su fechado de 6.130 ± 115 a.P. (1969, 10): "Creemos que los cazadores-recolectores del nivel superior de Tagua Tagua son los que introducen ciertos elementos ergológicos en la zona central de Chile, tales como los morteros colectivos, conocidos impropiamente como piedras tacitas, las piedras horadadas de tamaño medio y además la técnica bifacial para elementos líticos que no son puntas de proyectil. Son los portadores de una tradición de cazadores-recolectores que perdurará a la aculturación con la penetración de grupos agrícolas ya en el marco de la era cristiana..."

En futuras contribuciones intentaré ahondar en la significación de estos "pehuenches primitivos" y sus relaciones con las áreas de allende y aquende los Andes.

OBRAS CITADAS

Augusta, F. de; 1966. Diccionario Araucano. I. Araucano-Español. P. Las Casas, Chile.

Augusta, F. de y Fraunhausl, S de; 1934. Lecturas araucanas. Autorretrato del araucano. P. Las Casas, Chile.

Cañas Pinochet, A.; 1902. La religión de los pueblos primitivos; el culto de la piedra en Chile y en otras partes del globo. Conferencias dadas en la Soc. Cient. Chile, Santiago.

Casamiquela, R. M.; *In litt.* I. En pos del gualicho. Estudio de mitología tehuelche.

— *In litt.* II. Nociones de gramática de la lengua de los tehuelches septentrionales.

— 1965. Estudio de ngillatún y de la religión araucana. Cuadernos del Sur. Inst. Human. Univ. Nac. Sur, Bahía Blanca.

— 1971-73. Nota sobre sitios y piedras rituales del ámbito pehuenche austral. Univ. Chile, Depart. Cien. Antrop. Arqueol. Soc. Chilena Arqueol. Actas Congr. VI Arqueol. Chilena.

Cox, G. E.; 1863. Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia. An. Univ. Chile, XXIII. Santiago.

Diccionario Geográfico de los Territorios Nacionales. 1942. 2º tomo. La Pampa, Neuquén, Chubut, Santa Cruz, Río Negro y Tierra del Fuego. Consejo Nac. Educ. Bs. As.

Di Gregorio, J. 1972. Neuquén. *In* Geología Regional Argentina. Academia Nacional Ciencias. Córdoba.

Eliade, M. 1975. Traité d'Histoire des Religions. París.

Erize, E.; 1960. Diccionario comentado Mapuche-Español... Cuadernos del Sur. Inst. Human. Univ. Nac. Sur. Bahía Blanca.

Groeber, P.; 1926. Toponimia Araucana. GAEA. Buenos Aires.

Lascaray, I. 1963. Presentación de los trabajos de Juan Benigar. 1er. Congr. Área Araucana Arg. Prov. Neuquén y Junta Est. Araucanos. II. Buenos Aires.

Latchman, R. E.; 1924. La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos. Publ. Mus. Etnol. Antrop. Chile, 3, 1-4 (1922). Santiago.

Lenz, R. 1895-97. Estudios araucanos. Materiales para el estudio de la lengua araucana. An. Univ. Chile, XCVII. Santiago.

Moesbach, E. W.; 1944. Voz de Arauco. P. Las Casas, Chile.

Montané M., J. C.; 1969. Fechado del nivel superior de Tagua Tagua. Noticiario Mensual Mus. Nac. Hist. Nat., XIV, 161. Santiago.

San Martín, F.; 1930. Neuquén. Bibl. Suboficial. Buenos Aires.

Schobinger, J.; 1957. Arqueología de la Provincia del Neuquén. Estudio de los hallazgos mobiliares. Univ. Nac. Cuyo. Fac. Filos. Letr. An. Arqueol. y Etnología, XIII. Mendoza.